

Celebramos el domingo 12 del tiempo ordinario con una característica particular: coincide con la víspera de san Juan Bautista. De modo que las misas de la tarde del propio domingo deben celebrarse de la vigilia de este gran santo, que cuenta con formularios propios tanto para las oraciones como para las lecturas, además de los que tiene para la misa del día, el 24 de junio. El anuncio del reino que a modo de parábolas escuchábamos el domingo pasado, pasa a manifestarse ya presente con los milagros que Jesús realiza. En el evangelio de Marcos encontramos cuatro seguidos: la tempestad calmada –que figura en el evangelio de este domingo–, el endemoniado de Gerasa –que no se lee–, la curación de la mujer con flujo de sangre y la resurrección de la hija de Jairo –que ocuparán el evangelio del próximo domingo–. Así, se revela que la fuerza salvadora de Dios ya está presente y actuando en este mundo, como lo demuestra un Mesías que domina las fuerzas cósmicas, que cura las enfermedades, que libera de la posesión diabólica y que incluso resucita a los muertos.

### ▣ JESÚS ES DIOS

Con el milagro de este domingo, la liturgia quiere resaltarnos la divinidad de Jesús que tiene poder sobre el viento y el mar. Queda así patente en el título que la liturgia asigna a este evangelio: «¿Quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!», complementado con el tema de la primera lectura donde el Dios creador habla a Job, mostrándole su dominio de la naturaleza: «¿Quién cerró el mar con una puerta [...] cuando le establecí un límite [...] y le dije: "Hasta aquí llegarás y no pasarás"». También el salmo responsorial, como es lógico, se mueve en esta dirección: «Apaciguó la tormenta en suave brisa, y enmudecieron las olas del mar».

### ▣ JESÚS APACIGUA NUESTRAS TORMENTAS

Al igual que ocurriera en el pasaje de la tempestad calmada, Jesús también calma hoy nuestras tormentas y apacigua nuestros miedos, como frenó el viento y el oleaje desatados en el mar de Galilea y liberó a sus discípulos del miedo que los había sobrecogido.

Alguna vez hemos experimentado en nuestra vida pequeñas o grandes «borrascas» y nos sentimos zarandeados e incluso mareados por la fuerza de las olas. Y no solo en nuestra vida personal, sino también en la vida social y en la eclesial hemos tenido que remar contra corriente dando la

impresión de que la barca se fuera a hundir. Hasta podemos pensar que Jesús duerme, o que nos ha abandonado. Y, como los discípulos, le increpamos: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?».

Sin embargo, él siempre está ahí. Somos nosotros los que no sabemos verle. Aflora entonces nuestro miedo y nuestra falta de fe, como a los discípulos en el pasaje evangélico.

## ▣ NUESTRA FE

Como los discípulos, tenemos una fe débil. No confiamos en Cristo todo lo que debiéramos. Es por ello necesario siempre alimentar nuestra fe.

En la celebración profesamos nuestra fe en el credo que recitamos después de la homilía, manifestando que creemos en el Dios trinitario y en la Iglesia. Tras el relato de la institución, aclamamos al «sacramento [o misterio] de nuestra fe». Cuando comulgamos sellamos con un «amén» las palabras al recibir el pan consagrado que se nos muestra, expresando así nuestra fe de que es el «Cuerpo de Cristo». Son diferentes momentos en los que la fe toma protagonismo y que podemos señalar en la celebración de hoy en conexión con las palabras del evangelio: «¿Aún no tenéis fe?».

## ▣ CON CRISTO HA EMPEZADO UNA NUEVA EXISTENCIA

San Pablo, en la segunda lectura tomada de la segunda carta a los Corintios, nos recuerda que con Cristo ha empezado una nueva existencia. Él «murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos». De modo que, gracias a Cristo, somos criaturas nuevas. Y lo específico de esta nueva existencia inaugurada por Cristo es el amor: «Nos apremia el amor de Cristo», dirá san Pablo en la segunda lectura.

La eucología también se expresa en esa misma dirección. La oración colecta nos recordará que hemos sido establecidos «en el sólido fundamento de su amor» y en la oración sobre las ofrendas pediremos que «le agrademos con la ofrenda de nuestro amor». Como colofón podríamos escoger el prefacio VI dominical que abunda en todas estas ideas: los cristianos somos parte de Cristo («en ti vivimos, nos movemos y existimos»), Cristo nos manifiesta su amor («experimentamos las pruebas cotidianas de tu amor»), la vida nueva regida por el amor que Cristo inauguró con su resurrección late en nuestros corazones («tenemos las primicias del Espíritu por el que resucitaste a Jesús de entre los muertos»).

JOSÉ ANTONIO GOÑI